

do encontrar algunas referencias a la controvertida historia del *Ordo Penitentiae* y, al menos una nota a pie de página, sobre lo que se entiende por «causa grave» en orden a las absoluciones según el Rito C. De todos modos, son detalles de segundo orden, que en nada desmerecen el conjunto del Manual.

A mi modo de ver, el tratado del profesor Arocena puede servir como libro de texto en Facultades de Teología y en Seminarios. Los sacerdotes con cura de almas también lo leerán con provecho y actualizarán y ampliarán el horizonte de su ministerio de sanación.

José-Antonio ABAD

Miguel PONCE CUÉLLAR, *El Señor viene: Escatología*, Valencia: Edicep, 2013, 418 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-9925-112-7.

El autor del presente manual, nativo de Badajoz, es conocido no sólo por trabajos relevantes desempeñados –canónico, superior de seminario, profesor de teología– sino también por su producción teológica: en especial, los manuales publicados por EDICEP, que cubren prácticamente todo el arco de la dogmática: *El misterio Trinitario del Dios uno y único* (2008); *Cristo, Siervo y Señor* (2007); *La Iglesia, misterio de comunión* (2011); *Tratado sobre los Sacramentos* (2004); y ahora este manual sobre la Escatología. En el prólogo el autor dice: «Con este manual de Escatología cierro el círculo de los manuales teológicos, que se han ido desgranando uno a uno, impulsado por el deseo de hacer partícipes a muchos lectores de mis experiencias como profesor». Estamos, pues, ante una presentación sintética, diseñada para facilitar a un amplio abanico de lectores la intelección del misterio de consumación que Dios tiene preparado para la humanidad.

Aparte de una sección introductoria, el libro contiene tres partes principales: (1) una breve síntesis de la revelación bíblica sobre la escatológica; (2) un resumen de la enseñanza escatológica de los Padres, del magisterio y de los teólogos (hasta Benedicto XVI); y (3) –la parte más extensa– un estudio sistemático y pormenorizado de los contenidos esenciales de la esperanza cristiana.

Pasamos ahora a comentar estas tres partes, destacando los elementos que son de particular interés.

La primera parte –un bosquejo de los datos bíblicos referentes a la escatología– tiene un hilo conductor: el desarrollo progresivo de la revelación de las promesas divinas. «No es extraño... que cuestiones como la resurrección de los muertos, la inmortalidad, aparezcan sólo tardíamente, o que, en sus estadios más primitivos, el pueblo de Israel no pensara más que en una bienaventuranza en esta vida» (p. 22). El autor traza la maduración de la esperanza del pueblo judío, empezando por una forma elemental, intramundana, pasando por los primeros profetas-escritores del siglo VIII a.C. (que aportan la intuición de que la acción salvadora prometida por Dios traerá cierta ruptura en la historia), hasta llegar a la cristalización de la idea del carácter superador y trascendente de la intervención divina en Daniel, 2 Macabeos y Sabiduría. En paralelo, crece una línea de esperanza que mira al individuo, línea que va desde una noción de retribución intramundana, pasando por un momento de crisis (manifestada en Job y Eclesiastés), hasta llegar a la superación en forma de una esperanza en la resurrección y la inmortalidad.

El autor añade un breve resumen de la esperanza escatológica expresada en la literatura intertestamentaria, aportando así información interesante sobre el contexto cultural-religioso en que Jesucristo predicó el advenimiento del Reino. En los Sinópticos este Reino aparece como misterio a la vez presente y futuro, y además –una novedad con respecto al Antiguo Testamento– queda referido esencialmente a Cristo.

El repaso de los datos bíblicos permite sacar una primera conclusión: que la expectativa escatológica es un contenido central de la revelación bíblica, como lo será de la reflexión posterior realizada por los Padres, los teólogos, y el magisterio. En el repaso de la historia de la doctrina escatológica que ofrece el autor en la segunda parte del libro, sobresalen dos hechos. Por una parte, es cierto que en algunos momentos históricos la doctrina escatológica parece haber sufrido un eclipse (al igual que la doctrina de la creación). Por otra, tal eclipse no fue en ningún momento total, de modo que la escatología ha seguido siendo una pieza clave de la fe cristiana: ya desde las formulaciones primitivas, pasando por las reflexiones más sofisticadas de los alejandrinos y capadocios, la aportación influyente de san Agustín, la sistematización realizada por Julián de Toledo y los medievales, y las declaraciones magisteriales hasta Benedicto XVI (sin olvidar la teología ortodoxa y la protestante). Al igual que el bosquejo escriturístico, este bosquejo histórico muestra que la escatología es un tema perdurable –insoslayable– de la creencia cristiana.

Pasamos ahora a comentar la sección más extensa del libro, que contiene una reflexión teológica sistemática. En capítulos sucesivos el autor trata de la parusía, el juicio, la resurrección, la renovación del cosmos, la muerte, la vida eterna, la muerte eterna, el purgatorio, y la cuestión de la escatología intermedia. La unidad entre los capítulos iniciales de esta parte –parusía, juicio, resurrección– viene dada por la misma estructura del Credo, que asevera que Cristo vendrá para juzgar a vivos y muertos. La parusía aparece, en esta perspectiva, como el acercamiento definitivo del Dios amoroso a los hombres y al mundo, para poner fin al devenir histórico. (El autor no comparte la tesis de Lohfink, que niega que sea necesario mentar un límite a la historia). Clausurada la historia, es factible la valoración o el juicio sobre la totalidad de los hombres, del mundo, y de la historia global. Y –basada en esta valoración– llega la retribución completa a los hombres resucitados.

La resurrección, difícil de imaginar en cuanto al «cómo» (según afirma el CIC, 1000), habría en cualquier caso que pensarla compaginando la continuidad y pervivencia *post mortem* del núcleo espiritual del hombre, por una parte, y relevancia del cuerpo material (con toda su historia), por otra. Además –añade el autor–, no cabe pensarla al margen de su íntima conexión con Cristo resucitado: «en el orden presente... para los fieles no hay resurrección sino injertada en la resurrección de Cristo» (p. 196). Y no deben eliminarse del misterio sus dimensiones social y mariológica (María, anticipo del cuerpo glorioso del Cristo Total).

Tampoco cabe considerar la resurrección de los hombres separadamente de la suerte del resto del cosmos (destinado a ser transformado por Dios en nuevos cielos y tierra). El autor recuerda que esta renovación del entorno humano ha de pensarse también en conexión con Cristo, primogénito de la nueva creación: todas las cosas serán transfiguradas, en y con Cristo Cabeza. La esperanza en un nuevo mundo no debe llevar a los creyentes a la pasividad sino al esfuerzo y compromiso histórico para ordenar ya este mundo como trasunto del nuevo universo, según la voluntad de Dios. El mundo escatológico se incoa ya con el trabajo de los renacidos en Cristo, de modo análogo a como la vida nueva de un individuo queda incoada a partir de su bautismo en el Señor.

En los capítulos siguientes el autor –sensible a las circunstancias actuales– dedica bastante espacio a tratar de la muerte. Observa en una primera sección introductoria, de carácter fenomenológico, que el ser humano (lo quiera o no) está inquietado por la perspectiva de morir. En el caso del no creyente la reacción puede consistir en la simple repugnancia o la desesperación nihilista, o en el recurso a teorías como la de la reencarnación.

Examinando de nuevo los datos bíblicos, el autor señala una línea de esperanza muy propia de la fe cristiana. Ya en el Antiguo Testamento –pese a la asociación del *mysterium mortis* con el *mysterium iniquitatis*– una luz tamiza el enigma de la muerte: la promesa de una vida perdurable con Dios. Esta promesa es vislumbrada primero como la posibilidad de cierta pervivencia tras la muerte, una idea que sin embargo permite ya superar una concepción puramente negativa (en palabras del autor «hamartológica») de la muerte. La revelación neotestamentaria, y sobre todo la obra pascual realizada por Cristo, colman plenamente la esperanza de una vida plena con Dios; profundizarán en ella los padres, los teólogos, y el magisterio, en un persistente esfuerzo por vincular el misterio de la muerte humana con el misterio de Cristo muerto y resucitado.

La lógica de una retribución *post mortem* lleva a tres posibles desenlaces, todos referidos a Dios: la vida feliz con Él, para los santos; la separación de Él, para los pecadores; la purificación, para los imperfectos. El autor, al estudiar las expresiones bíblicas relativas a la suerte de los justos, hace notar cómo –a pesar de su gran variedad (vida, ver, estar con Dios, etc.)– contienen un elemento común: la idea de una comunión estrecha y perdurable con Dios. Es un elemento constante, por encima también de la variedad de elaboraciones teológicas hechas por los Padres y teólogos y de las diversas formulaciones magisteriales. El autor hace su propia reflexión sobre este aspecto, explicando la vida eterna como la comunión final del ser humano con las tres personas divinas (de modo especial con el Hijo) y con las personas creadas (angélicas y humanas).

Como contrapunto, el autor señala que el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento hablan de una posible suerte contraria: la separación eterna de la criatura de Dios. En realidad, es la otra cara de un misterio unitario: la respuesta de criaturas auténticamente libres a la oferta de amor y amistad por parte de la Trinidad. A criaturas equipadas con la facultad de elegir a Dios, les resulta posible sin embargo preferir lo contrario: separarse de Él. Esta posibilidad inquietante, que impregna la patrística, la reflexión teológica y los pronunciamientos magisteriales hasta nuestros días, es tratada por el autor destacando dos polos: el divino por un lado, en el cual se conjugan la misericordia y la justicia; y el antropológico por otro, en el cual no puede romperse el trinomio culpa-responsabilidad-libertad (cfr. p. 312). Rechazando las teorías que exagerran la misericordia de Dios a coste de su justicia (como la apocatástasis en sus formas antiguas y modernas, o la teoría de la aniquilación de los pecadores), el

autor hace suya la postura de Pieper, según la cual la esperanza auténtica es «la que hace justicia a la realidad de Dios, que supera toda antinomia, y cuya misericordia es su justicia y cuya justicia es su misericordia» (p. 314).

Dentro del contexto de comunión buscada por Dios, halla su lugar el estado de purificación postmortal de personas imperfectas. En su repaso de los datos escriturísticos el autor reconoce que existen indicios, pero que son de interpretación difícil (como p.ej. 1 Co 3,10-17). Sin embargo, sostiene que de la revelación bíblica en conjunto cabe extraer válidamente los principios de la doctrina del purgatorio: (1) la pureza exigida al hombre para que pueda presentarse ante Dios y comulgar con Él; (2) la práctica de orar por los difuntos (constatada ya en el Antiguo Testamento y continuada por los cristianos). Sobre estas bases, los Padres desarrollan la teología de *purificación post mortem* que en algunos casos resulta necesaria antes de alcanzar la plena comunión con Dios. Aun consciente de las objeciones por parte de los orientales al aspecto penal de este misterio, el autor en su reflexión teológica reconoce una triple función del proceso purificador: limpieza del pecado venial; enderezamiento de las malas inclinaciones; y sufrimiento de la pena debida al pecado. El autor añade consideraciones más modernas, como p.ej. (siguiendo a Congar) la idea de purificación como un seguir a Cristo en su paso hacia el Padre, dejando atrás lo que no es santo; y (dentro de este mismo contexto de asimilación cristológica) la valoración positiva de la oración de los vivos por los muertos, siendo todos miembros de Cristo Total.

Al final del libro hay un extenso apéndice que trata de la problemática de la escatología intermedia y la teoría de la resurrección inmediatamente después de la muerte. Acertadamente el autor identifica los dos focos doctrinales en torno a los cuales ha de girar cualquier teoría dentro de la tradición católica: (1) la *inmediatez (mox post mortem)* de la retribución, y (2) la inseparabilidad de la resurrección de la parusía. La teoría de la resurrección inmediata suprime el hiato –cualquier forma de duración– entre el punto de la muerte y el del último día y rechaza como contaminación helénica la noción del alma separada; no se armoniza bien con la tradición eclesial. El autor ofrece un resumen interesante de los datos veterotestamentarios y la literatura intertestamentaria, en el cual se puede ver la persistente idea de algún tipo de pervivencia y retribución diferenciada (así como cierto contacto entre el helenismo y el judaísmo, hasta el punto de que parece artificial el axioma de incomunicación absoluta). La concepción del hombre como un ser que posee una dimensión espiritual y otra corporal, presente en la fe de Israel y en la predicación de Je-

sús y los apóstoles (cfr. p. 380) es mantenida por la tradición eclesial, que profundiza en la noción de permanencia del núcleo consciente de la persona humana entre la muerte y la resurrección, capaz de subsistir separada de la materia del cuerpo, hasta el momento de la resurrección. Este esquema de doble fase, añade el autor, cuadra mejor con el esquema del Triduo Sacro (muerte-sepultura-resurrección) y la doctrina de la comunión de los santos (que no es otra cosa que la involucración de los del cielo y del purgatorio con el drama de los que aún viven inmersos en la historia).

Como valoración global, cabe decir que el autor ha logrado con competencia su propósito de facilitar un compendio de la doctrina escatológica. Ha sabido resumir con sobriedad y criterio los temas esenciales de la escatología, aportando además sugerencias bibliográficas para quienes deseen profundizar más. A la vez, no ha esquivado los puntos debatidos hoy en día, exponiendo con brevedad su propia posición (comparte bastantes puntos de vista con J. Ratzinger); pero tratando esas *quaestiones disputatae* al final de cada capítulo (como p.ej. la teoría de la aniquilación de los impíos). El lector puede detectar cierto solapamiento entre los datos aportados en las dos primeras partes del libro y las secciones bíblicas, patrísticas, magisteriales y teológicas de la última parte, pero tal repetición obedece a una respetable opción metodológica del autor.

En conclusión: el libro es un buen botón de muestra de la modernización del tratado de escatología, que en vez de ser un breve tratado sobre eventos aparentemente distantes –casi irrelevantes– ha llegado a ser un tratado que sirve como la dimensión interior de toda la dogmática. La teología moderna logra reconectar así con la idea originaria de una economía salvífica «en Cristo», vinculada a la dinámica pascual de muerte-resurrección. Tenemos ante nosotros un libro de referencia solvente para quienes deseen profundizar en este gran misterio.

J. José ALVIAR